

ANTHONY GRAFTON, *What was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, UK, 2007. 319 páginas.

Anthony Grafton es un prestigioso profesor de historia en Princeton al que debemos excelentes e influyentes monografías<sup>1</sup>. Sin duda una celebridad, cuya formación historiográfica estuvo marcada por los debates de los años sesenta, en los que participaron sus maestros Hanna Gray y Eric Cochrane de la Universidad de Chicago, y muchos otros historiadores significativos como Eduard Hallet Carr, Erich Kahler, Fernand Braudel, o Georges Duby. En *What was History?* Grafton aborda la importante difusión y el extraordinario valor de los libros que investigaban sobre el modo de hacer la historia durante la Edad Moderna, lo que se llamó el *Ars historica*. Es, por tanto, un libro de historia de la historia o de la historia de la historiografía, esto es, sobre historiadores que escribieron sobre su epistemología, su metodología y su finalidad.

Utilizando el humanismo, los maestros del arte de la historia se preocuparon por el estudio y aprendizaje de los clásicos, a los que utilizaban como fuente y modelo para la elaboración de sus métodos y enseñanzas historiográficas. A ello sumaban el valor retórico de la historiografía clásica. El Renacimiento propició debates sobre religión, arte, literatura, etc., y entre esas materias también se incluyó a la historia como proveedora de argumentos y soluciones para abordar los problemas del presente.

La tesis del libro es el paralelismo entre los debates académicos que se producen en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial y aquellos que se dieron en torno a 1700. Las polémicas de posguerra, que resultan de una tradición de diálogos historiográficos desarrollados durante el siglo diecinueve, las protagonizaron historiadores como Robin Georg Collinwood, Quentin Skinner, Isaiah Berlin, Eduard H. Carr o Erich Kahler; y las de 1700 autores menos conocidos en la actualidad, principalmente Jacob Perizonius (1651-1715), profesor de historia antigua en las universidades de Franeker y Leiden, y Jean Le Clerc (1657-1736). En los dos casos hubo una gran riqueza y seriedad en los planteamientos y argumentos desplegados sobre la crítica de las fuentes históricas, la coherencia interna de los textos, el papel de la retórica, la relación entre los conocimientos de la naturaleza de la técnica y de la historia, el status de los antiguos historiadores, etc. La tesis, sin embargo, no acaba de comprobarse porque Grafton sólo muestra interés por la Edad Moderna, olvidando cualquier acercamiento al mundo contemporáneo.

El debate entre Perizonius y Le Clerc gira en torno al historiador de comienzos de la época imperial de Roma Quintus Curtius Rufus. Su historia de Roma y su biografía de Alejandro Magno, que incorporaban los testimonios de algunos histo-

<sup>1</sup> Por ejemplo, *The Footnote* (1997), Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1999; *Leon Battista Alberti* (2000), Harvard University Press, New York, 2002; y *Christianity and the Transformation of the Book*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, London, 2006.

riadores clásicos como Polibio, Tácito y Livio, fueron lectura ideal para todos aquellos que querían mantener la retórica clásica como herramienta de conocimiento histórico y de pedagogía política. Mientras que Perizonius defiende a Curtius, junto a otros autores griegos y latinos considerados como la tradición clásica de la historia, Le Clerc le critica por ser más retórico que historiador. Le Clerc publicó en 1697 *Ars critica*, un nuevo método de pensamiento crítico por el que el historiador debía seguir sólo fuentes seguras y ciertas, lo que no proporcionaba la retórica por la falta de credibilidad de su visión de los hechos históricos.

En realidad, el debate sobre estos temas había comenzado en las cortes de Nápoles y Ferrara a mediados del siglo quince, cuando un grupo de humanistas se cuestionó sobre los caracteres y argumentaciones del método histórico. Uno de ellos fue Lorenzo Valla (1407-1457). Valla diagnosticó que los historiadores eran los verdaderos creadores de los discursos de los actores de la historia, tratando de enseñar de la misma forma que lo hacían los poetas y los filósofos, con elocuencia y sabiduría. Sin embargo, no despreciaba a los historiadores, más bien los consideraba de gran interés y utilidad. A través de ellos se podían obtener consejos para el comportamiento y propuestas de reformas políticas. Seguían la doctrina retórica del decoro, que señala las formas de actuar y de hablar según la situación y el status del actor. En el fondo se atendía a los principios fundamentales de la epistemología histórica: el estudio del contexto y del personaje, pero no con el objetivo del entendimiento de hechos históricos, sino para justificar y legitimar ideas y valores consideradas de utilidad

social. Esta es la opinión, por ejemplo, de Giovanni Pontano, Sebastián Fox Morcillo o Giovanni Antonio Viperano. Otros, como Gnaeus Pompeius Trogus, o más tarde Francesco Patrizi, sostenían que el historiador debía alejarse de tales prácticas retóricas, oratorias, filosóficas y morales.

Luego, durante el siglo dieciséis, en distintos lugares de Europa, un amplio conjunto de autores delimitó conceptual y metodológicamente una nueva disciplina referida al conocimiento histórico y su método. Hacia 1600 el éxito era ya espectacular. La influencia en los más destacados intelectuales de las universidades más prestigiosas fue extensa y profunda. Grafton dedica el grueso del libro a varios de los representantes más significativos de las *Artis historicae*, enmarcándolos con erudición en la densa red de intercambios intelectuales que se tejió en torno a esta disciplina. Los autores elegidos son François Baudouin (1520-1573), Francesco Patrizi (1529/30-1597), Reiner Reineck (1541-1591) y Jean Bodin (1530-1596).

Baudouin es un maestro de maestros historiadores, juristas y humanistas en el contexto que nos movemos. El enfoque interdisciplinar de sus *Prolegomena* sobre derecho e historia significaba la combinación del humanismo y las tradiciones legales, junto con la articulación de técnicas y prácticas provenientes de la jurisprudencia, la metodología histórica, la filosofía clásica y la aportación de los viajeros y anticuarios renacentistas. Baudouin prefiere las fuentes historiográficas transmitidas por los observadores de los hechos, sean los que tomaron las decisiones, sean los que simplemente contemplaron los fenómenos, porque ellos son los que crearon las primeras hipótesis históricas, convertidas poste-

riormente en tesis políticas. Evalúa positivamente la elocuencia de los discursos porque tratan de perfeccionar un modelo moral de comportamiento, junto con un plan de renovación moral, social y política. Baudouin ofrece una visión de la historia que incluye el derecho y la ley, que es lo mismo que incluir el régimen político del que nacen. Y esto, para él, no es nuevo pues son fundamentos seguidos por Polibio y Tácito (de los que además toma otras ideas, como la consideración de César), y por Maquiavelo en los *Discorsi*. La historia es *magistra vitae*, útil para la pedagogía, la filosofía y la moral. Y es *integra*, porque incluye múltiples acercamientos disciplinares, que la hacen tener una visión general, sin que todo ello le haga abandonar la consideración cronológica-espacial de la historia.

El segundo autor seleccionado es Francesco Patrizi de Dalmacia. Estudiante en Padua, profesor en Ferrara y Roma. Uno de los más brillantes e imaginativos analistas del mundo clásico en su época, como se observa en sus *Diez diálogos sobre la historia* y *Diez diálogos sobre la retórica*, en los que reinterpreta a los clásicos y revisa las traducciones de los humanistas, como las de Marsilio Ficino (1433-1499). Sus consideraciones sobre el concepto historia desvelan sus grandes conocimientos. Se inserta en esa tradición de pensamiento que es el *Ars historica*, sugiriendo métodos renovadores, al tiempo que mantiene el legado de los grandes historiadores del pasado. Las referencias de Grafton a Reiner Reineck sirven para contrastar la diversidad en el interior y la extensión del arte de la historia. En este caso se observa a un profesor protestante, discípulo de Philipp Melanchthon (1497-1560), que enseñó en varias universidades del área del

Rhin. Sus obras *Oratio de historia* (1580) y *Methodus* (1583) le hacen merecedor de su presencia en el libro.

No podía faltar Bodin, cuyo *Método para la rápida comprensión de la historia* (1566) y su inclusión, al igual que obras de los anteriores, en la recopilación de Johannes Wolf, *Artis historicae penus* (1579), justifican que sea considerado el más exitoso divulgador del nuevo método de la historia, preludiando su obra la moderna historiografía francesa. Sin duda, su aportación se basa en su comedido juicio como autor de los *Seis libros de la República*, aunque defendió una singular opinión sobre la correlación entre los sistemas políticos, la situación geográfica del territorio, el carácter de la población, el clima, etc. Es otro seguidor de la historia *integra* (divina, humana, natural, eclesiástica, etc.) practicada de acuerdo con técnicas interdisciplinares. Una visión de la historia que subrayaba el progreso frente a otra versión reaccionaria del siglo dieciséis que sólo miraba al mito de la Edad de Oro y a la decadencia continuada de los cuatro imperios.

El capítulo final se dedica a la muerte del género *Ars historica*. Sin precisar tiempo ni lugar Grafton sostiene que fue un lento declinar de la tradición después del cenit alcanzado hacia 1600. Las razones del caso yacían tanto en el interior como en el exterior. Los acontecimientos revolucionarios en los Países Bajos y en Inglaterra durante el siglo diecisiete y las presiones académicas del siglo dieciocho hicieron periclitarse a los defensores de la vieja escuela. Las nuevas enseñanzas de la historia desde mediados del setecientos ya no consideraban el método de Bodin y sus admiradores porque con él se hacía imposible entender los nuevos fenómenos. La escuela

historiográfica de Göttingen criticó duramente la audacia y excesiva libertad interpretativa, las contradicciones internas de las aplicaciones y la falta de precisión y rigor de la historia hasta ese momento. De manera profusa y sistemática, Grafton desgrana los múltiples detalles del proceso final, teniendo en cuenta el gran universo de autores, a favor y en contra del *Ars historica*, que participaron en el lento, pero continuado, atardecer.

En conclusión, este libro ensaya con erudición y profundos conocimientos de la historiografía de la Edad Moderna un análisis similar al que hizo Carr para la historiografía contemporánea. La diferencia entre ambos es que Carr trataba de enseñar qué se debía entender por historia, cuál era su filosofía y cómo se había de investigar en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. Grafton, sin embargo, al limitarse a hacer un estudio puramente histórico, sin pretensión de participar en los debates actuales de metodología historiográfica, pierde toda posibilidad de enseñanza para los *artesanos* de la historia hoy día, salvo para los interesados en el conocimiento particular de los métodos historiográficos de la Edad Moderna.

En el texto se recopilan revisadas las cuatro conferencias *Georges Macaulay Trevelyan* dictadas por Grafton en la Universidad de Cambridge en el año 2005. La estructura del libro responde a la simple unión de estas conferencias. Es cierto que el capítulo primero es un planteamiento de la cuestión y el último es una especie de conclusión; sin embargo, es un libro que carece de introducción y de unas conclusiones específicas, tal vez por exigencias editoriales. Al tratarse de textos pensados para la exposición ante un público exigente los detalles técnicos y la documentación de las fuentes son de una precisión rigurosa y de un exquisito cuidado. El elevado número de historiadores mencionados y las innumerables citas, en texto y notas, extraídas casi todas de los libros en latín que se analizan, hace que la redacción sea prolija y que las notas no se puedan leer, salvo por los buenos conocedores del latín. Esto no desmerece una aportación modélica de un historiador en su taller, con la que se puede disfrutar leyendo, para llegar a entender con claridad una faceta del pensamiento humanista y la edad clásica.

ANTONIO ROBLES EGEA